

# EL PROGRESO.

## EL PROGRESO.

SANTIAGO, NOVIEMBRE 22 DE 1845.

### CAMARAS LEGISLATIVAS.

(Continuación.)

La independencia, pues, de las Cámaras en el sistema representativo, es para nosotros, no solo una verdad incuestionada, sino además una de esas verdades que Fortorelle mismo en nuestros tiempos abrió al mundo para mostrarlo. La libertad y el orden están interesados igualmente en que sea la libertad, no cuando sea independencia, no es propiamente más que un reflejo de la soberanía de la nación, i el orden también, porque estorbando esa independencia, el despotismo, es por robote al mismo tiempo la salvaguardia mas poderosa de la libertad.

Pero esta independencia así que el partido que triunfo sea el de la oposición, como parece procederlo la Gaceta? No dudada: esta no sería independencia, sino guerra civil, i p aquí contra lo que nos levantamos. Si es cierto que las Cámaras se deben por natura del Gobierno, en la acepción jesuítica de la palabra, lo es también que tampoco deben serlo de una oposición útil. Qué resulta de aquí? Que esas Cámaras son la expresión beta de la mayoría, procediendo por un momento de la imperfección de los medios empleados en toda América para comprobar la existencia de las mayorías. Echar, pues, el Congreso de la mayoría reinante, como lo es el Ejecutivo, que aquí encuentra en pie a su oposición, es natural que sea armista, fraternidad, paz entre ambas poderes, sin que esta hermosa independencia importe la dependencia. Pues lo mismo, i obrar en consecuencia de consuno: ítem, fuera de esto, de un mismo credo político, de la soberanía popular, no tienen entre sí, ni pueden tener rivalidad de casta, de marcha o fines, como las que se agitando ciertas asambleas de Francia, Inglaterra &c. que aluden nuestros antagónicos. No cabe razonablemente otra oposición, otra independencia, en estos casos, sino la de un debate franco, de una deliberación en que se mira a todos, i en que todos no llegan a diferir por lo ordinario más que en la forma, en los accidentes de las cuestiones, i no en estas mismas, porque men-

osiciones iguales de la mayoría uno i otro poder, no quiere sino la misma, esto es, la República. El pueblo, el Congreso, el Ejecutivo, todos son republicanos. El acuerdo fundamental por consiguiente, que se puede observar en las Repúblicas, entre todas estas entidades, no es de ningún modo comparable con lo que imprimen al absolutismo al cuerpo social desde sus fundamentos al punto de una perfecta independencia de las cosas, mientras la cosa no reconoce mas motivo que la voz imponente de los mandatos.

Véase aquí cómo es que las Cámaras pueden andar de acuerdo con la Administración, i no ser por eso menos independientes, *esta acér oposición al Ministerio en caso de que no variara el rumbo de la política tripartita que debió ser recibida.* Toda la dificultad está en conocer la variación de este rumbo, cosa que no se discute ciertamente por dos o tres escritores, que nunca faltan, i que no acán más que declarar, ni tampoco por la sjtacion natural de una minoría hipotética, de que ellos son el órgano. El medio lejítimo de mostrarse esta dirección nueva de las ideas, sería la proposición general, las sociedades políticas, i mas que todo, las asambleas representativas. Interrumpiendo pues, todo esto, si es que anima a nuestros contendores un espíritu imparcial de patriotismo i no de partido; interrumpiendo, decimos, i no se allarán por mas que se revuelvan las cosas, sino objeciones favorables a la legalidad i sabiduría del gobierno que nos preside. La prensa nos revela en primer lugar, sea que miremos solo el interés de sus columnas, sea que la pesemos matemáticamente por cifras, de que parte está el predominio de las ideas. I los sinjilios de las jentes ilustradas. Este mismo exceso de méritos a favor del Gobierno, se encuentra en las sociedades políticas, que a la voz amenazadora del absolutismo, se armaron con su presencia al Gobierno de la oposición que gozaba su precedente política, si es que una vez se le aplicaron con mas exactitud todavía a ese Congreso de 1843 cuya historia semejala rica de lecciones, acaba de hacer el Orden en dos de sus últimos números.

Nos parece en fin ya objeto a lo que dejamos dicho, el argumento favorito de los disidentes de todos los países, la eficiencia del Gobierno, los adictos i amigos! Esto es muy cierto, pero por desgracia es tan cierto que si quisiéramos libertarnos de su influencia,

no sabemos si sería preciso abjurar de la virtud i de todo en este mundo. La virtud como el vicio, la ipocrisia el crimen, accesorio de charola, de amigos i de adictos para sostenerse. La misma corporación de la nación que otra cosa es sino una clientela numerosa, un cuerpo de amigos i de adictos; una colección de voluntades que impeta en el Estado por la fuerza de sus mayorías! El que en Gobierno: poses, torpes clientela, amigos i adictos en vez de ser un título de desonor, es por el contrario una de tantas pruebas palpables que sirven para mostrar la popularidad de que disfruta. Si estos amigos son movidos en sus manifestaciones por viles intereses, i no por los actos de la sociedad, este reproche es a la sociedad, a las costumbres políticas, a la educación nacional, i no al Gobierno. No debe olvidarse tampoco en este negocio la naturaleza de la especie humana. Cerebros de dos mil años de la moral para predicada por Jesucristo no es bastante, ni otros dos mil mas bastarán probablemente, para deterrar la corrupción del mundo; i es preciso contar por fuerza con estos elementos atrojénas, no solo para la formación de las sociedades, sino también de los Gobiernos.

Pero dado este caso, a dicho la Gaceta *no sería una verdad que la representación nacional saldría toda del centro en que jiraba el ministerio dominador?*— Mucha verdad ciertamente i nada deplorable, a nuestro juicio: que si decir que la mayoría sería representada entonces en el gobierno i en el cuerpo legislativo al mismo tiempo, lo que es tan de la esencia del gobierno de las masas, como la independencia de las potestades constitucionales. Este argumento, falso de la Gaceta no previene sino de la misma manía de gobierno de Oposición, sea mayoría o minoría, sin reparar en que, siendo lo segundo como es evidente, su apoyo argumental es inexistente, no solo en la opinión de las naciones modernas que tienen consagrado al principio de las mayorías, sino base de toda administración lejitima. Los troncos no se caen, ni caen todavía en Europa sino por el influjo irrecusable de las mayorías. Los tiranos mismos, por crueles i bárbaros que sean, no desaparecen sino cuando se acaba para ellos por el tiempo; la civilización o causas fortuitas, el apoyo brutal de una mayoría ignorante.

Mucho mas podríamos agregar sobre esta cuestion de tan vastas relaciones con el orden social en los tiempos presentes,

pero queremos referirnos a las observaciones de nuestros colegas. Nuestro, quien fin a side, cuando dijimos al principio, indique nuestros ideas particularmente a este respecto, porque no pensamos como unos ni como otros. Después que leímos esas escenas de desdovolver más nuestro pensamiento, porque podremos conseguirlo mas tiempo del que ahora tenemos.

### EL POETA RICO.

Como estar dos condiciones juntas son por lo jeneral una rareza, exponemos que se leen con gusto la siguiente anecdota que leemos en el Sun de New York (1.º de julio):

El editor del "Albion Evening Journal," dice que el poeta Rodgers tiene una nota de Banco del valor de setecientos de libros esterlinas, que guarda como una caridad en una caja de vidrio. No se sabe como se a ella, pero esto es que recibe habitualmente de interes \$ 200,000, lo que si se fuera a distribuir a los pobres para que compraran pan, no serviria poco para acrecentar su fama.—Se sabe además que el Banco de Inglaterra no a dado mas que cuatro notas con tamaño denominación: una hacia Rothschild, i otra Rodgers; en cuanto a las otras dos, es todavía un misterio.

### MONSTRUO DE MAR.

En el mismo periódico leemos lo siguiente:

Acaba de ser en aparición un nuevo monstruo marino cerca de Derbyshire. Según lo describen los caballeros que lo avistó a distancia de cuarenta varas, consta de cincuenta pies de largo, i está cubierto con una piel blanca de diversos colores. Estaba en un bajío cerca de la costa, i parecía descansar en el fondo mismo, con la cabeza levantada dos o tres pies en cuencos. Mavis su cabaza con rapidez para uno i otro lado, mirando alternativamente a los espectadores que lo consideraban. Al fin se dio vuelta hacia el canal, i produjo al moverse una gran commoción en el agua. Todos negaron que es el animal mas grande que se a visto en los mires del Norte, abriendo solido probablemente de la rejion de los velos.

### SANTA ANA.

Un corresponsal de la Habana, ablanda

## FOLLETON.

### LOS TRES MOSQUETEROS.

ALEXANDRE DUMAS.

(Traducción para el PROGRESO.)

#### CAPITULO XXIII.

La cita.

(Continuación.)

—Tendrás acaso confianza en M. Bonacieux, nuestro patron?

—Yo? ni un ceño.

—Oh! muy bien haces, señor.

—Pero que quieres que lo preguntase?

—Porque mientras vos conversabas con él, yo lo estaba observando, y su figura cambio dos o tres veces de color.

—Rah!

—El señor quizá no habia notado eso, prescindiendo como estaba con la carta que habia recibido; pero yo sí, que habia quedado alarmado desde el modo extraño con que llegó la carta a vuestro poder. Así es, que no permito solo movimiento de su corazón.

—Y la encontraste?

—Tranquero, señor?

—De verdad?

—De verdad, y tanto que cuando quis luego el señor se separó de él, dando vuelta la esquina de la calle. M. Bonacieux tocó su sombrero, cerró la puerta y volvió a correr por la calle opuesta.

—Es cierto, Planchet, tienes razon, y siempre todo eso

me parece un oscuro, pierdo cuidado, que lo hemos de pedir que nos dé una explicación categorica antes de pagarle los alquileres.

—El señor se está chachareando, pero el señor verá.

—Qué quieres, Planchet! lo que debe saber, está escrito!

—El señor no recuerda cuándo se fuo de esta noche?

—Al contrario, Planchet, cuando más recordo estoy con M. Bonacieux, con tanto mas gusto iria a la cita que me ha dado esa carta que tanto te inquietan.

—Si esa es la resolución del señor...

—Si, amigo mio, irresoluble: con que así, es preciso que a las nueve me pido estar aquí pronto, porque yo voy a dar a las mismas horas para salir.

Viendo Planchet que no habia esperanza de tener renuncia a la cita del príncipe de poses, dio un profundo suspiro, i siguió raspándose el tercer taballo.

En cuanto a d'Artagnan, como en el fondo era un joven lleno de prudencia, en verdad volviendo a su casa, se fue a encerrar a la del sacerdote pascan, que les habia dado un desayuno de chocolate, cuando los cuatro amigos se habian visto muy pobres.

#### CAPITULO XXIV.

El pabellón.

A las nueve d'Artagnan estaba en el palacio de la guardia, donde encontró listo Planchet. El cuarto caballo habia llegado tambien.

Planchet estaba armado con su mosquete i una pistola. D'Artagnan tenia el espadá, i se puso algunas veces a pistolas en la cintura, montando en seguida los dos a caballo, se bajaron sin hacer bola. La noche estaba muy oscura, i nadie les vio salir.

D'Artagnan atravesó las calles, salió por la puerta de la cochería, i siguió entónces por el hermoso camino que va para Saint Cloud, y que era mucho mejor entonces que ahora.

Mientras anduvieron por la ciudad, Planchet guardó respetuosamente la distancia que se habia impuesto, pero desde que el camino comenzó a hacerse mas desierto i oscuro, se fue acercando poco a poco, hasta que al entrar en el bosque de Bécot, se encontró naturalmente marchando al costado de su amo. No debimos en efecto que él,

la oscilación de los árboles grandes, y el rebaja de la luna entre los ramos, se creyó que habia una gran sorpresa. D'Artagnan se apercibió que estaba pasando algo de extraordinario en su lugar.

—Qué es lo que tienes, señor Planchet? le preguntó.

—Si se puede, señor, contéstame esto, que los bosques son como la iglesia?

—Por qué dices eso, Planchet?

—Porque en aparcos como en estos se se oye una voz a hablar fuerte.

—Pero vamos a andar así toda la noche, señor? volvió a preguntar.

—No, Planchet, porque tú tienes que pararte aquí.

—Cómo así i el señor?

—Yo, tengo que ir todavía un poco mas adelante.

—Pero entónces el señor me va a dejar solo aquí.

—Y qué! tienes miedo Planchet?

—No, pero si aborrecer al señor que la noche está muy fría, que el frío da resaca, i que un brayo que tiene fealdad es un servidor muy bueno, sobre todo para cuando tu amo es como el señor.

—Pues bien, Planchet, si tienes frío, te entrarás a jugar de esas tabernas que ves allí, y me esperarás en la puerta mañana por la mañana a las seis.

—Señor, debo confesar que me helé i estoy con tanto respeto al ejemplo que me dista esta mañana: de modo que no me ha quedado ni un malillo medio para el caso de tener frío.

—Toma esta media pistola, i hasta mañana.

—D'Artagnan se bajó del caballo, dio las gracias a Planchet, y se dejó rápidamente educhándose bien en su capataz.

—Dios mio! que frío tengo! exclamó Planchet, luego que perdió de vista a su amo—y entrando toda vez mas la necesidad de calentarse, se apresuró por ir a golpear a la puerta de una casa adormada con todos los atributos de una taberna de cuerpo.

Entre tanto, d'Artagnan, que habia tomado por un camino escusado, continuaba acercándose a Saint Cloud, mas en vez de seguir la cañal principal fue a dar vuelta por dentro del castillo, cubro por una especie de caligación muy extraña, i pronto se encontró frente al pabellón del seño. Estaba situado en un lugar del todo desierto. Un gran muro con una esquina estaba el pabellón, coronaba por los lados

toda la caligada, y por el otro un cercado defendía contra los traspasaros de "jardines" en cuyo fondo habia una capilla misteriosa.

Habia llegado pues al lugar de la cita, i como no habia nada de ocurrir en presencia par una señal, se puso a esperar.

No se dio el menor ruido, y parecia que existiera a diez leguas de la capital. D'Artagnan se apoyó contra el cercado dispuesto de andar una cacha por su rezo. Pese todo todo del cercado, jardín y calaña, una noche soñada se volví en sus pliegues oquias, con una santidad de detalles que París como un vacío noturmo, i desde solo brillaban algunos puntos locaciones a la manera de estratos finibros de este inferno.

Pero para d'Artagnan todos los aspectos estaban revoltos, de una forma febril, todos los ojos tenían una sonrisa, y todas las sonrisas le parecían difusas. Ya estaba a punto de dar la hora de la cita.

Efectivamente al cabo de pocos instantes, la campana de Bécot llamó a salir legítimamente uno diez golpes fuera ancho i brava música gorgona.

Habia algo de ruido en esta vez de leones que se lamentaba en su modo de la noche.

Pero cada una de esas horas que iban a componer su conjunto la inspirada hora, vibraba harmoniosamente para el corazón del joven.

Si se iba su quaderna bajo sobra el pabellón situado en la esquina del muro, i cuyos ventanales todas estaban cerradas por postigos, escucho una voz del primer piso.

Por entre esta ventana, brillaba una luz suave que dio a acertar al golpe tremendo de dos i tres días que se levantaban formando un grupo en la parte exterior del parque. Evidentemente dentro de esta ventana habia un hombre con tanta gracia, que se podía estarle esperando la encantadora M. Bonacieux.

Muerto por esta dulce idea, d'Artagnan empuñó repetidamente una redia fuera mas sin la menor impaciencia, i con los ojos fijos en aquella deliciosa morada, de la que d'Artagnan se acordaba a distinguir una parte del piso con molduras doradas, que atestiguan la elegancia del resto.

La campana de Saint Cloud dio las diez y media.

Esa vez sin que d'Artagnan comprendiese por qué, sintió un estremecimiento por sus venas. Tal vez el frío era